

AQUÍ EL TIEMPO ES OTRO

4. LA AGUJA EN EL PAJAR CARLOS BEATRICHE

SELECCIÓN DE TEXTOS
DE AUTORES
IBEROAMERICANOS



Carlos Beatriche

LA AGUJA EN EL PAJAR



La aguja en el pajar

El reencuentro del hombre consigo mismo en las profundidades abismales del insondable espacio es como el hallar dos agujas en el infinito pajar del cosmos.

Los detectores del centro de rastreo soltaron las alarmas de proximidad. El objeto llevaba una trayectoria de colisión con el rumbo de la gigantesca astronave.

Dos operadores pulsaron varios mandos y segundos después una pantalla se iluminaba con cifras que, segundo a segundo, la iban llenando.

Una segunda pantalla permanecía en blanco, aún la distancia no era lo suficientemente cercana para que los sensores ópticos lo mostraran. Uno de los operadores transmitía al centro de mando los datos que se generaban: distancia, cien mil kilómetros, masa, diez mil kilos, tamaño, cuarenta metros en longitud y veinte de ancho.

Más datos llegaban de los sensores: objeto metálico, hueco, signos de energía, cilíndrico con protuberancias. La gran nave se detuvo, el objeto era

evidentemente artificial, ahora los sensores registraban el interior, no había atmósfera ni signos vitales.

Navegaba por el impulso de su inercia sin denotar actividad eléctrica ni electrónica, la fuente de poder parecía casi agotada. La radiación de su generador de impulsión hiperlumínica estaba desconectado, aunque retenía energía, los auxiliares parecían agotados.

El análisis dictaba que estaba abandonada, aunque su diseño indicaba sin lugar a duda que había transportado tripulantes. Los datos del espectrógrafo eran incuestionables en este sentido.

Cuando llegó a una distancia de diez mil kilómetros dos naves de reconocimiento salieron de la nave madre por una esclusa del lado derecho, su misión era la de efectuar un reconocimiento directo.

Mientras las dos exploradoras se acercaban una enorme compuerta circular comenzó a abrirse como un diafragma. La idea era la de capturar la desierta y aparentemente perdida nave. No eran un pueblo belicoso pero el espacio era demasiado grande y el hallazgo una rareza. Desde que abandonaran su planeta hacía casi cien años no habían detectado signos de vida

en parte alguna por lo tanto el objeto era casi como hallar una aguja en un pajar.

Las dos exploradoras alcanzaron el casco del naufrago y se adhirieron a él, lentamente lo fueron frenando para luego dirigirse hacia la esclusa. Poco tiempo después era acomodada en una zona aislada de la bodega.

Fueron designados diez especialistas para estudiar la forma de entrar, no tenían intención de perforar el casco ni dañar parte alguna.

Durante dos días revisaron centímetro a centímetro la superficie exterior del pescio al que habían bautizado náufrago. Pudieron precisar la ubicación de los sensores externos y que se hallaban cerrados.

Tan solo los propulsores mostraban una discontinuidad en la lisa superficie, dos cilindros de un metro de diámetro ubicados en uno de los extremos que fuera considerado la popa. Estos sobresalían dos metros y presentaban una especie de articulación que seguramente se utilizaría para cambiar el curso.

Finalmente se entregó el informe detallando la ubicación de dos accesos, uno de gran tamaño, seguramente una bodega y otro de menores

dimensiones correspondiente al ingreso y egreso de la tripulación.

El análisis del casco fue el más enigmático, la aleación metálica de una dureza inusitada revelaba una antigüedad que no hubiera sido creíble de no confiar en la precisión de sus instrumentos.

Los guarismos del estudio de la fatiga del metal arrojaban una cifra cercana a los cien mil años. Sus propias naves utilizaban aleaciones de gran resistencia, aunque nada aproximado siquiera al diez por ciento de tal durabilidad.

Finalmente localizaron el mecanismo de apertura, una cámara estanca había sido acoplada a la esclusa y cinco expertos estaban dispuestos para ingresar.

Todas las precauciones fueron tomadas, especialmente en cuanto a la posibilidad de hallar esporas o gérmenes, los trajes de vacío los aislaban de todo eventual contacto.

La orden fue dada y la esclusa se abrió en el silencio del vacío. Las luces en los cascos iluminaron una cámara de reducidas dimensiones, evidentemente una seguridad normal frente a los riesgos de pérdida de atmósfera.

Un panel de control interior muy similar al utilizado en sus propias naves operaría el cierre exterior y la apertura al acceso interior. También ésta funcionó pudiendo los cinco científicos penetrar.

La oscuridad era total al igual que la falta de aire, aunque aún los generadores estaban operativos ya que las puertas funcionaban. Era evidente que todo había sido desconectado por alguna razón, hasta ese momento, desconocida.

Durante diez días la recorrieron, no encontrando ocupantes o signos de haberlos tenido, todo parecía ser automático.

Más de la mitad de la nave era ocupada por los sistemas de impulsión y un cuarto por los sistemas operativos, sistemas de soporte vital y computadora de vuelo.

El cuarto por ciento restante, que se hallaba en la proa, contenía equipamiento como para tres o a lo sumo cuatro tripulantes. Esta sección comprendía una habitación con tres cámaras criogénicas superpuestas y una más haciendo ángulo con éstas, un espacio sanitario y otro evidentemente destinado a las provisiones.

El resto comprendía la sala de mandos consistente en una gran pantalla frontal y un tablero con

varios teclados e instrumentos. Una butaca anatómica frente al panel era todo el mobiliario que presentaba la sala.

Unos pocos indicadores permanecían encendidos como silenciosos testigos de que la nave aún estaba activa.

Si alguna vez había sido ocupada no mostraba signos de tal permanencia, no hallaron efectos personales ni elemento alguno que pudiera ser de uso para un tripulante.

No localizaron alimento alguno, aunque si una importante provisión de agua que, tras ser analizada, resultó potable. Durante los diez días dos grupos de especialistas se ocuparon de los puntos clave como eran el compartimento de motores y carga por un lado y la sala de control por el otro. Cinco días más llevó el análisis y las conclusiones presentadas ante la junta que regía los destinos de la gran nave madre fueron poco menos que inverosímiles.

La sala de máquinas estaba dividida en dos sectores perfectamente diferenciados, uno correspondía a la impulsión y el otro al soporte vital.

La zona de carga estaba vacía, aunque presentaba espacios netamente identificados como

para contener varios tipos de herramientas, equipo de transporte terrestre y aún una pequeña nave.

Los motores de impulsión habían sido revisados y la conclusión fue que estaban al cien por cien operativos.

El diseño, pese a ser extraño se basaba en principios muy similares a los que ellos mismos utilizaban. Disponía de controladores para el vuelo hiperlumínico, compensadores gravitacionales, giróscopo inercial y aceleradores simultáneos de masa-impulso. La sala de mando no reveló muchas novedades, podía funcionar en forma automática mediante el trazado de una ruta en la memoria de la computadora de vuelo, también era posible el manejo manual, aunque solo a velocidades sublumínicas del orden del cincuenta por ciento de ésta.

De todas maneras, presentaba algunas singularidades en cuanto al funcionamiento y aún la existencia de ciertos sensores que bien podrían ser adoptados por ellos. Nada en la nave era simple ni tampoco demasiado extraordinario salvo el hecho fundamental que, si bien el análisis del casco ya había anticipado, ahora se confirmaba, esto era su antigüedad. Luego de varios intentos y no sin grandes dificultades

finalmente habían podido acceder al banco de datos de la computadora maestra. Esta confirmaba la antigüedad ya que arrojaba la increíble cifra de ciento un mil ciento veinticinco años desde que fuera activada.

Si este dato era de por sí apabullante ya que ellos mismos poseían tecnología espacial desde hacía solo dos mil años y aún impulsión hiperlumínica desde solo quinientos.

Estar en presencia de un artefacto alienígena que fuera lanzado al espacio hacía más de cien mil años tenía estupefactos a los mejores técnicos de la nave. Más asombroso aún era que estaba en perfecto estado de funcionamiento.

Los técnicos aseguraron que podían hacerla volar aún con impulsión estelar, también habían restablecido la luz interior y la circulación de aire que era metabolizado por un ingenioso sistema similar al de obtención de agua.

El misterio más asombroso hasta ese momento era que la nave no contenía registros de bitácora, en realidad no pudieron acceder a ningún dato que pudiera dar referencias sobre su origen o destino.

Simplemente el ordenador principal registraba el paso del tiempo y contenía programas de soporte

vital y aún mapas estelares a fin de trazar rutas. Era como si nunca se hubiera utilizado pero la realidad de su presencia decía lo contrario.

Ellos podían rastrear la estela dejada por los fotones de impulsión y al no poder localizarla esto demostraba que navegaba solo por el impulso dado en algún momento de un remoto pasado.

Asimismo, solo estaban activados los sensores de riesgo de colisión que podían actuar sobre pantallas reflectoras de energía radiante para hacer frente a pequeños meteoritos o también dar impulso a correctores direccionales y así evitar los mayores.

El misterio estaba allí en la computadora principal. Era imposible concebir que no tuviera registro alguno, tan solo no podían dar con la clave. En algún lugar de la descomunal memoria calculada en algo más de dos millones de mega-giga-bites estaría la llave, el registro de más de cien mil años en el espacio.

Los expertos, tocados en las fibras más íntimas, decidieron trabajar a destajo para tratar de desentrañar el misterio. La conexión con los bancos de datos se realizaba mediante una interface que traducía el lenguaje en simbología electrónica ya que tampoco

había sido posible encontrar el idioma utilizado por los extraños.

El ordenador operaba bajo un principio similar al de ellos, parecía que había un límite físico universal para las unidades de memoria.

Partiendo del binario, lenguaje arcaico basado en el si-no, se había llegado a integrar en una sola unidad o bit la combinación de dos mil posibilidades intermedias entre esos sí y no con el consecuente resultado de memorias compatibles casi con el infinito en espacios medidos en milímetros cuadrados.

La gran nave, cual pequeña isla en un mar de desolación seguía su camino acelerando a ciento cincuenta mil kilómetros por segundo y se disponía a entrar nuevamente en fase hiperlumínica.

El sonido proveniente de los generadores programados para la aceleración final parecían zumbir cual remoto y enorme insecto medio dormido que mantuviera, sin embargo, la alerta.

En el espacio exterior las estrellas, motas de luz que son el lado iluminado de la oscuridad y a causa de la creciente velocidad, comenzaban a dejar de ser puntos luminosos contra la negrura universal para transformarse, lentamente, en trazos que parecían

alejarse de la nave y converger en un punto situado en el extremo más alejado de su trayectoria.

Finalmente, los técnicos pudieron descorrer el misterio, su perseverancia había logrado acceder los códigos. La bitácora con los registros de la nave quedaron ante los ojos, aunque sin imágenes ni sonido.

Solo información codificada en un idioma extraño, aunque esto era lo lógico teniendo en cuenta que era ajena a su civilización. También concluyeron que gran parte de los registros habían sido suprimidos expreso por motivos imposibles de conocer.

Un grupo de expertos en criptografía fue dispuesto para el análisis de ese lenguaje mientras los técnicos en las áreas de cartografía y trayectoria se afanaban sobre los informes que salían permanentemente de los violados registros.

Cinco días más tarde los máximos exponentes que gobernaban la nave, último baluarte de una civilización que había perdido su mundo natal hacía ciento diez años cuando un meteorito la impactara, se reunían en la gran sala de consejo.

El tema principal era lo que habían descubierto los técnicos, la información obtenida de los bancos de datos de la nave naufraga.

A pesar de no tener duda alguna sobre la exactitud de los mismos, les era difícil asimilar lo descubierto. En primer lugar, el ingenio espacial no había sido abandonado, tampoco derivaba al garete, sino que por el contrario su ruta había sido programada con milimétrica exactitud.

Esto incluía una serie de saltos con velocidad hiperlumínica separados por intervalos de navegación sublumínica. Estos espacios se realizaban a fin de controlar por triangulación las posibles desviaciones y así corregirlas. Todo en forma automática.

Asimismo, habían podido determinar que el hallarla no había sido solo producto de la casualidad, los sensores estaban especialmente programados para detectar el posible contacto con otra astronave y dirigirse a ella. Simultáneamente se desconectarían todos los sistemas aparentando ir a la deriva.

Cada una de las afirmaciones era más sorprendente que la anterior y el asombro aumentaba ante cada revelación, así como también la admiración por la brillantez de los constructores.

Los técnicos continuaron su informe aclarando que la nave no fue capturada y abordada por voluntad de ellos, sino que ésta, a su vez, mediante una serie de

dispositivos de una asombrosa complejidad los analizó a ellos. El programa era tan perfecto que al ser los datos integrados afirmativos la solitaria viajera se desconectó a sí misma cancelando el plan de vuelo y se dejó capturar.

Ante la pregunta de algunos miembros del consejo sobre qué hubiera pasado si los resultados hubiesen sido negativos, los técnicos afirmaron que se hubieran hallado en una situación extremadamente comprometida.

Agregaron que no solo las dos naves exploradoras sino la enorme mole de la nave nodriza, estaban convencidos que su destino, en caso de querer ingresar contra la voluntad de los sensores, hubiera sido catastrófica.

Simplemente el reactor principal se haría sobrealimentado y explotado con una violencia de varios kilotones, lo suficiente para destruir una pequeña luna como la que tuviera su ahora extinto planeta.

Otro punto importante era que carecía de tripulación porque el viaje así había sido programado, y además no era de ida, por el contrario, estaba regresando.

Este era uno de los más increíbles descubrimientos, habían podido determinar que el rumbo y el destino eran los de su propio desaparecido planeta.

Un pesado silencio descendió sobre el grupo y se extendió como espesa niebla, nadie podía hablar, cada uno trataba de asimilar las palabras de los técnicos y entender la magnitud de sus dichos. La nave llevaba una ruta de regreso, volvía luego de más de cien mil años al lugar de donde había inicialmente salido.

Ahora podían saber que significaban los restos que encontraran en los inicios de su era espacial cuando exploraban su satélite natural. Allí habían hallado una losa circular con símbolos y signos que nunca pudieron descifrar. Ahora, en la cúspide del asombro, podían comprender su significado, era el mismo idioma contenido en los bancos de datos del computador. Uno de los técnicos ingresó los datos y todos pudieron leer en una de las pantallas de la sala la traducción. Era simplemente una declaración proclamando la toma de posesión de un planeta, aquel que ahora ya no albergaba vida alguna y que fuera su hogar durante veinte mil años.

Finalmente sabían la verdad de su origen, las leyendas y mitos provenientes de su más remota antigüedad cobraban un sentido y una realidad más allá de toda duda.

Ellos mismos eran los descendientes genéticamente modificados de los primates nativos cuyas capacidades originales jamás se habían desarrollado.

Eran el resultado de la manipulación por parte de una raza alienígena que se había establecido en su mundo y luego marchado dejando la esencia germinal de la humanidad. Uno de los más grandes misterios había sido descubierto, el de su propio origen. Los mitos y leyendas sobre dioses llegados del cielo no eran más que el deformado recuerdo de una increíble realidad.

El mismo científico en jefe continuó, había más, mucho más. Los bancos de memoria contenían información no solo del punto de destino sino también las coordenadas del lugar desde donde partiera la nave.

Durante ciento diez años habían recorrido el espacio buscando un mundo en el que pudieran establecerse, un planeta que reuniera las condiciones propicias, aunque luego de unos pocos años habían entendido que la búsqueda sería difícil.

Miríadas de estrellas, unas pocas con sistemas planetarios y, hasta ese momento, ninguno con un planeta habitable.

Ahora tenían un lugar, unas coordenadas que podían significar la diferencia entre seguir siendo vagabundos del espacio o miembros de una civilización con raíces afirmadas sobre un mundo y no sobre la dura cubierta de acero de una astronave.

Nadie en el consejo tubo dudas al respecto, cualquier rumbo era tan bueno como otro y si se dirigían hacia esas coordenadas poco podían perder.

Dieron las instrucciones correspondientes y los técnicos programaron el nuevo destino en un solo salto que los acercaría a menos de un año luz de distancia.

Un viaje de tres meses subjetivos en los que la nave recorrería casi seiscientos años luz. Todo estaba dispuesto, cada uno de los cinco mil ocupantes de la nave estaban enterados y dispuestos.

La orden fue dada, el impulso hiperlumínico activado, el destino desenredaba la madeja de factibilidades mientras unos pocos sobrevivientes de lo que fuera un planeta perdido en la inmensidad del cosmos ponían rumbo a su futuro.

Un mundo que ya no existía pero que estaba grabado a fuego en la memoria de todos, un pequeño mundo llamado TIERRA.

CARLOS BEATRICHE



Vive en el Gran Buenos Aires y lleva escribiendo algo más de 30 años. Gusta escribir cuentos cortos en casi todos los géneros, aunque incursionó en la novela y la poesía. Tiene dos antologías y tres novelas publicadas.



Título: La aguja en el pajar.

Autor: Carlos Beatriche.

Edición digital Hoja en Blanco: julio, 2022.

La presente obra fue aportada por el autor de manera voluntaria y gratuita con fines de difusión literaria. El autor conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre la obra. Esta edición digital está publicada bajo la siguiente licencia de uso *Creative Commons*:



CC BY—NC—ND 4.0

Se permite descargar y compartir siempre y cuando se otorguen los créditos pertinentes. No pueden realizarse cambios de forma ni usarse con fines comerciales. La obra original no podrá ser reproducida en otro formato o edición sin la autorización previa y por escrito del autor.

www.hojaenblancoeditorial.com

